

HISTORIA DE UNA POBRE MUJER.

I

La infancia

Roubaix, es hoy una de las glorias industriales de la Francia; de sus vastos talleres salen esas telas brillantes, esas lanillas casi tan bellas como la seda, de las cuales los dibujos y el gusto exquisito sobrepujan á todo lo que Inglaterra nos puede enviar.

Roubaix, da la regla de la moda, tanto como Lyon; mas en Roubaix, como en Lyon la más floreciente industria, no ha podido impedir la miseria más desoladora; el Pactolo de las arenas de oro, no fertiliza sus riberas. Roubaix, la ciudad negra, cubierta siempre por una capa de humo, es triste, hasta en sus barrios más hermosos; lo es con mayor razón en las calles tortuosas de la antigua ciudad en los patios oscuros y profundos, donde vive la población trabajadora; estos patios son tan mal sanos como inno-

bles, á causa del agua estancada que se ve en el centro de todos ellos, y de los harapos que cuelgan de las ventanas; las paredes destilan humedad, y se ve, en fin, en estos recintos la lepra incurable de la miseria y de la incuria.

En esos barrios viven las numerosas tribus de los hilanderos, tejedores, urdidores, rastilladores, anudadores y peñeros, regimentados desde la infancia al servicio del vapor y de las máquinas de hierro que peñan, hilan, cardan, tejen y brochan el algodón y la lana.

El sol y la alegría, no visitan jamás aquellos tristes lugares; la infancia crece sin risas y sin juegos; la juventud está encorvada bajo el peso del trabajo; el matrimonio está lleno de inquietudes y cuidados; la vejez aislada, y si la caridad no descendiese á esas tristes moradas, sus habitantes no conocerían ninguna de las bendiciones que Dios concede á los hombres.

No obstante, los salarios que reciben esas legiones de obreros, son bastante elevados; desde el niño hasta el anciano, todos ganan, todos son agentes del progreso material; pero la industria, tal como se la practica en nuestros días, la industria que olvida á Dios y desprecia su ley, tiene alguna cosa de fatal; engendra el vicio, y el vicio engendra la miseria; el dinero ganado en esas labores automáticas, donde la inteligencia y el corazón se hielan, ese dinero estéril, se gasta en la taberna; la moneda que debía dar el pan

se metamorfosea en cerveza y en ginebra; el jefe de la familia y los hijos mayores, beben y se embrutecen; la mujer, los ancianos y los pequeñuelos sufren y gimen, y las generaciones arrastran sin poderse desenlazar de ella la pesada cadena de la miseria sujeta á sus pies.

En uno de los barrios más sombríos y más pobres, se elevaba una casa alta, estrecha y negra, donde una multitud de familias vivían hacinadas y se disputaban el aire y la luz; desde la entrada, se sentía el que penetraba allí sofocado por un nauseabundo olor, en el que se combinaban los vapores de la legía, del carbón de piedra, y el hedor de las miserables cocinas establecidas en los mismos cuartos de dormir: las voces de los niños que jugaban y reñían, los vajidos de los pequeñuelos, los ladridos de los perros, el cacarear de las gallinas, se mezclaban al ruido monótono de las ruedas, y á los golpes regulares de los telares de los tejedores; los muros ennegrecidos destilaban el agua, y la escalera violenta espiral, á la que servía de pasamanos una cuerda, no conocía ni la escoba ni el cepillo.

Esta triste morada, formaba como una pirámide de miserias; en el patio le servía de base una misera tiendecilla de patatas, de pan negro, de baquetas y de bolas de billar.

A medida que se subía, la pobreza era más angustiosa; en el primero y segundo piso habitaban obreros sujetos á una escasez constante y hereditaria, y más arriba, vege-

taban verdaderos mendigos; un ciego que imploraba la caridad á la puerta de las iglesias y dos barrenderas de las calles.

El piso tercero se componía de dos salitas ocupadas por una desgraciada familia; la primera de las dos estancias, era á la vez cocina, comedor, sala de recepción y uno de los dormitorios del matrimonio Senechal; á causa de estos diversos destinos, reinaba en ella un desorden indescriptible; sobre una estufa del todo igual á la que hay en los cuerpos de guardia, y toda rota, cocía una marmita llena de patatas, cuyas mondaduras grises yacían por el suelo; encima de una mesa, se veían algunos platos desportillados, esperando á que una mano activa los lavase; sobre todas las sillas había prendas de vestir en un estado deplorable; por el suelo estaban extendidos zapatos y zuecos de diversos tamaños; todos los muebles tenían una espesa capa de polvo; los vidrios de las ventanas, rotos en mil partes, se sostenían por medio de tiras de papel, amarillentas por el tiempo, y en medio de aquella confusión, se agitaba una mujer y se sofocaba sin adelantar nada, ocupábase en preparar la comida de su familia, comida del domingo, aunque el traje de Arsenia Senechal, no indicase que había ido á la iglesia.

El atavío de aquella mujer, guardaba con el mobiliario una perfecta y deplorable armonía; una chambre de lana oscura agujereada, una falda, estrecha y deshilada, y un delantal de indiana daban á esta mujer de

obrero, á esta madre de familia, el aspecto de una mendiga de Callot, el gran pintor de los miserables; todavía era joven, quizá su figura esbelta y delgada, su rostro colorado, sus cabellos de un rubio brillante, habían tenido su hora de lucimiento y de gracia efímera; mas ¡ay! ¡Qué lejos estaba aquella hora, y cómo la había reemplazado una temprana vejez!

El descuido, las arrugas, los ojos hundidos de aquella pobre criatura, revelaban una existencia de trabajo y de privaciones; su fisonomía, tenía una expresión singular, abrutada, idiota, llena de espanto, parecía que se hallaba bajo el peso de una amenaza continua y que el temor, las querellas, los golpes quizá, habían apagado la débil parte que debía á la naturaleza de inteligencia y de iniciativa.

Entre las esclavas de la antigüedad amenazadas sin cesar del látigo, de las esposas, ó del tormento de los alfileres de oro, debían hallarse rostros como aquel, estupefactos por el miedo, encorvados y petrificados bajo el yugo; mas al mirarla, causaba un profundo dolor el pensar, que se hallaba entre los cristianos.

En el fondo de la estancia se divisaba un lecho que cubría á medias un pedazo de indiana oscura; este lecho estaba siempre ocupado, lo mismo de día que de noche, en estío como en invierno, por una pobre mujer, madre de Santiago Senechal, que se hallaba atacada de parálisis: desde hacía muchos

años, estaba sobre un miserable jergón, medio sentada, y sostenida la espalda por un almohadón de estopa; su cabeza recta é inflexible, la mirada triste y fija, oía y veía lo que pasaba en derredor suyo, pero se mezclaba rara vez en la conversación, si así puede llamarse al cambio brutal de palabras que tenía lugar entre su familia.

Durante la semana hacía calceta; ¡pero con cuanta lentitud, y á costa de qué esfuerzos tan penosos! Esta labor tan poco productiva, tan abrumadora para su debilidad, era un último homenaje que rendía á la ley del trabajo; á esta ley que había llenado toda su vida.

Los domingos, no se ocupaba de nada, á lo menos exteriormente; rezaba, y sus dedos procuraban hacer pasar á cada *Ave María*, un grano del rosario, que rodeaba su brazo moreno y enflaquecido; para un observador, aquel brazo nervudo, aquellas manos anchas y fuertes, hubieran sido toda una revelación, y el rostro tostado, y las facciones enérgicas de la vieja Aldegunda hubieran confirmado sus primeras observaciones.

Aquella mujer no era una débil planta de la ciudad, el sol y el aire libre habían bronceado su frente: niña, había conducido el rebaño á los prados: había manejado después la hoz de las segadoras, y arrojado ágil y robusta los rubios haces en la carreta de la cosecha: sus manos, como las de la mujer fuerte, se habían ejercitado en las duras labores, y sus pulmones se habían ensancha-

de lejos de las fábricas con el aire salubre de los bosques y de los campos.

¿Por qué anciana y enferma, le eran negados el aire puro y el radiante sol, bienes que Dios reparte á todos sus hijos? ¡ay! madre de un hijo único, que rehusó dedicarse á los trabajos del campo y á las sanas fatigas del labrador, le había seguido á la ciudad, y su triste existencia se deslizaba en medio de la miseria, de los disgustos, y de esos espectáculos de desorden, á los cuales su honrado corazón de aldeana no se podía acostumar.

Su nuera seguía agitándose, sin alcanzar á remediar si no muy poco el gran desorden del aposento: el fuego, alimentado por un poco de leña húmeda no ardía, el agua de la catetera no dejaba oír ese canto tan agradable á los pensadores y á las amas de casa; nada se hacía, nada se preparaba, y el día llegaba á su mitad; las doce sonaron; no en el reloj de aquella habitación, pues jamás lo había tenido: sino en la péndula del vecino.

II

Al oír el sonido de la campana, Aldegunda procuró unir sus manos, y dijo á media voz el *Angelus* en latin, y tal sin duda como

se lo habían enseñado en época ya muy remota en la escuela de su aldea: después volviéndose hacia su nuera, le preguntó:

—¿Dónde está Eufrasia?

—Ha ido,—respondió Arsenia, á buscar un pedazo de carne para la comida.

—¿Y la misa?—preguntó la anciana con una voz triste:

—¡Para pensar en misas estamos!—repuso aquella: vamos abuela, Dios no hila tan delgado con los pobres como nosotros; que vayan los ricos á mascar sus rezos á la iglesia después de tener bien lleno el estómago de manjares esquisitos: y rezad vos, que no sabéis qué hacer de vuestros diez dedos.

La pobre anciana suspiró; guardó silencio algunos instantes, y dijo después:

—¿Y creés tú, Arsenia, que las cosas no irían un poco mejor si rezaras tú también alguna vez?

¡Eh! ¡dejadme en paz!—exclamó colérica Arsenia: ¿tengo yo acaso humor para oír vuestras sandeces? No me sobra con la miseria á que me condena vuestro hijo que no me trae ni la mitad del jornal de la semana? ¿No me sobra con lo que me quema la sangre ese alborotador de Juan y esa holgazana de Eufrasia? ¿Y qué tiene que ver Dios en todo esto? ya no puede darme otro marido, y por más que esté diciendo *oremus* de la mañana á la noche, Santiago no dejará de ser un borracho, y un hombre sin corazón!

En tanto que Arsenia Senechal hablaba así, una sombría cólera brillaba en sus ojos:

la cólera del esclavo temeroso, que se subleva y se atreve á hablar alto sólo cuando el dueño está lejos: la anciana abuela, estaba sin duda tristemente habituada á esas recriminaciones que tenían á su hijo por objeto y que dejaban ver tanto odio hacia él, tanta indiferencia hacia los hijos, tristes frutos de aquel triste matrimonio: sin duda que sabia cuan inútiles eran las réplicas, y cuan vanos los consejos, pues guardó silencio, y este no se interrumpió ya hasta la llegada de Eufrasia.

Tenia ésta catorce años: era alta, y sus formas delgadas, como las de todos los niños que están creciendo, estaban además alteradas por una deplorable flacura; esta demacración y la falta de cuidado y de limpieza no permitían juzgar de sus facciones: tal vez, en una posición menos congojosa, hubiera parecido bonita: acaso si el peine hubiera alisado sus cabellos, que pendían en largos mechones, y si algunos cuidados delicados hubieran realzado las gracias adolescentes de su figura, hubiera parecido encantadora: si un traje limpio, aún el más modesto, hubiera puesto de relieve su pobre persona, acaso hubiera sido fácil apercibirse de que tenía facciones regulares aunque un poco gruesas: ojos oscuros, llenos de luz y de expresión, dientes blancos como las avellanas nuevas, y una cabellera espesa y negra, ruda y larga, como la cola de un joven caballo.

En el cuadro de incuria y de miseria en

que esta niña aparecía engastada, con su vestido manchado, sus zapatos en chancla, su fisonomía atrevida y brusca, se la creía una triste personificación de la miseria y de la degradación que trae consigo; ningún sentimiento dulce ó afectuoso prestaba gracia á aquel joven semblante: Eufrosia no había conocido ni la solicitud de una madre, ni la tierna gravedad de un padre, ni la dulce unión de la familia.

Habiase educado como había podido un poco en casa de las vecinas, un poco en la escuela de las buenas hermanas, otro poco en la calle; había trabajado en la fábrica desde la edad en que la fábrica había podido abrirse para ella: había conocido todos los dolores del trabajo, cuando todos los niños conocen únicamente la protección y el amor: habiase visto explotada á la edad en que debía ser amada solamente: se pedía un salario á aquellas pequeñas manos, que no hubieran debido dar más que caricias: así su corazón cerrado no podía dar lo que no había recibido, y si tenía apego á su familia, si soportaba sin decir palabra las violencias de su padre, si ayudaba á su madre en lo que podía, si tenía para su hermano pequeño algunas palabras de afecto, es que Dios ha impreso su sello en los lazos de la familia, y que son precisas muchas decepciones para apagar la llama sagrada de los afectos naturales y para romper las ligaduras invencibles que la misma sangre ha formado desde antes de nacer.

Una sola persona amaba á la pequeña Eufrosia: era su abuela, que tenía para ella un corazón de madre, y que era á la vez severa y tierna, vigilante y afectuosa: mas la pobre anciana nada podía, y cualquiera que fuese el peligro á que esta niña estuviera, abandonada, cualquiera que fuese el duro trato que se la infriese, la abuela no podía ni abrirla ni defenderla; un consejo, una caricia, era todo lo que podía darle, pues era solamente rica de una experiencia frecuentemente despreciada y de un afecto que á causa de la timidez que la ancianidad trae consigo, no se atrevía á manifestar.

—¿Por qué no has venido antes?—dijo Arsenia á su hija: ¡si tu padre llegase ahora, estábamos bien! ¡nada está dispuesto!

—No hay que temer que venga,—respondió la muchacha bruscamente; acabo de verle por las vidrieras del *Sol de levante*, sentado á una mesa con siete ú ocho tejedores.

—¡Ah, Dios mío! ¡qué desgracia!—exclamó Arsenia; ¡allí se gastará el poco dinero que aún nos queda!

Eufrosia se encogió de hombros, y dijo con filosofía.

—¿No sucede siempre lo mismo? más vale que nos pongamos á comer: ya oigo los pasos de Juan que vuelve.

Juanito era anudador de los telares, y tenía la figura correspondiente á su misero empleo: era pequeño, raquítico, y había una triste armonía entre su tez pajiza y terrosa, sus ojos de un gris pálido y sus cabellos de

color de lino: el fuego de la vida no parecía arder en aquella débil criatura vieja en la infancia, triste en la edad de la alegría, temeroso en la edad en que los demás se explayan: aquel niño era triste y tímido, taciturno y vergonzoso cuando hacía algo bueno, brusco y desapacible cuando practicaba el mal, y aunque de un temperamento nervioso, se mostraba paciente hasta el estoicismo en los sufrimientos y las privaciones de los que el hábito le había hecho una segunda naturaleza.

Su madre le recibió con una mirada más afectuosa, que la que había acogido á Eufrosia; Juan era su Benjamín: era el último de sus hijos, y se le parecía.

—Ven: siéntate y come,—le dijo con cierta dulzura, y poniendo á su lado un pedazo de pan, y en su plato una buena ración de patatas, y un pedazo muy pequeño de carne de cerdo.

Eufrosia, antes de llegar á su porción, tomó la de su abuela, se la llevó al lecho, y la ayudó para que la comiera: la pobre anciana rehusó su pedazo de carne y dijo á Eufrosia:

—Llévatelo, y dale un poco á Juanito: vosotros lo necesitáis más que yo; comedlo entre los dos.

Arsenia oyó estas palabras, aunque habían sido pronunciadas en voz baja, y no queriendo perder aquella bella ocasión de quejarse y de acriminar, dijo ásperamente:

—¡Siempre os habéis de meter en lo que no os importa, abuela!—ya se comprende

que os gustaría más el buen caldo y la vaca: pero la culpa es de vuestro hijo, que es tan duro para los demás como tierno para sí mismo: cuanto más bebe el hombre, tanto menos comen la mujer y los hijos: ¿digo mal?—exclamó encolerizándose con sus propias palabras, ¿ó es que váis ahora, según es costumbre en vos, á defender á vuestro hijo?

—Yo no digo nada,—repuso Aldegonda;—no defiendo á Santiago porque ya se que no se porta como debiera; pero tú, Arsenia, harías mejor en no hablar así del padre en presencia de sus hijos.

—¡Como si ellos ignorasen lo que su padre es!—repuso Arsenia con desprecio;—vamos, Juan, no te comas todo lo que resta ahí, es preciso dejar un poco por si al oso le da la gana de pedirlo cuando vuelva... si obedeces te llevaré á casa de tu madrina, que te dará una tostada y un poco de café.

—Vamos allá,—dijo Juan muy contento;—pero ¿y Eufrosia? ¿no viene también?

—No quiero salir,—respondió bruscamente la muchacha,—¿acaso me atrevería á salir á estas horas á la calle, vestida como estoy?

—Es preciso que digas eso á tu padre, hija mía,—dijo Arsenia;—demasiado se que es muy triste el trabajar incesantemente y no tener un vestido ni un chal limpio para los domingos; pero lo que Juan y tú ganáis no es bastante para vivir, y era preciso que tu padre diese algo de sus jornales. Háblale